

EDITORIAL

Desde hace unos diez años se afirma que el Perú se encuentra en un proceso de crecimiento económico permanente, en relación con los países latinoamericanos y en el plano mundial. Se fundamenta en un crecimiento sostenido superior al 6% anual. Según el resultado oficial, se ha reducido la pobreza del 45% (2007) al 24% (2013), con las consecuencias evidentes de haber disminuido la desigualdad social y haber incrementado la clase media.

Sin embargo, pese a la situación de ventaja en el desarrollo económico, con especial estupor nos dejan los resultados de un difundido ranking mundial de la calidad educativa PISA (Programme for International Student Assessment) o Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes en el nivel básico, o mejor dicho, los resultados de la evaluación del rendimiento de los jóvenes de 15 años de edad, en donde el Perú sucesivamente, 2000-2012, se ubica en los últimos lugares del mundo (65 países) y como muchas de las opiniones se difunden masivamente, que algunos lo llaman difusiones populares, tomemos también la sabiduría popular para ser críticos de dichos resultados, y el dicho popular dice así: “la política de callar nunca obtiene buenos resultados”. Entonces, no vamos a callar y vamos a expresar lo que aprendimos y practicamos en nuestra universidad, expresar lo que pensamos y sentimos en un momento determinado. La información del mencionado ranking se difunde con un extremado sensacionalismo, incidiendo que el Perú tendría la peor educación del mundo en los niveles de comprensión lectora y razonamiento matemático, agregando últimamente también ciencias naturales. Sin objetivo de minimizar la iniciativa de calificar la educación que ostentan los distintos países del mundo, tenemos que contextualizar los escenarios y las configuraciones. PISA es un proyecto de OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), integrado por 34 países, llamado también “el club de los países ricos”, porque concentran el 70% del PBI mundial; doctrinariamente son los privilegiados de la economía de mercado. Son considerados como los países más desarrollados del planeta, debido al estatus del desarrollo económico y los estándares evidentes en infraestructura, calidad de vida, que implica salud, educación, vivienda y otros servicios que favorecen el desarrollo humano. Sus habitantes tienen una cosmovisión especial, de ser dueños del mundo o que su protagonismo individual y social contribuye al desarrollo económico. De América Latina son dos países miembros de OCDE, México y Brasil, integrado últimamente Chile y con invitación activa a Costa Rica y Colombia. Que el Perú ocupe el último lugar de la evaluación de la calidad educativa de los países ricos no debe llamar la atención, dada nuestra condición de país no rico. O si queremos dorar la píldora, país emergente, con un descuido total de la educación, iniciada y profundizada esa irresponsabilidad en el gobierno de Fujimori, que hizo demagogia de la modernización educativa privatista, pero que logro muy poco, por no decir nada sobre la calidad educativa. Invirtió muchos millones en una capacitación totalmente mediocre y al margen de

las tendencias mundiales. Los sucesivos gobiernos han mantenido dicha situación, con algunos avances aislados, y desde la academia podemos valorizar algunas iniciativas innovadoras, pero aún sin despegue, pues se mantienen los mismos errores y se difunde pesimismo. Obviamente hay muchas reformas que realizar y tareas técnicas que producir; al mismo tiempo decisiones políticas que realizar, tanto nacionales como internacionales. Es nuestro compromiso.

Hay que recordar que nos encontramos en la era digital, que ingresamos drásticamente a la sociedad en red, es decir, que todos estamos conectados a algún tipo de red social que ya forma parte de nuestra vida y la universidad evidentemente no puede ser una isla. Otras instituciones como la prensa escrita, televisada y hablada ya ingresaron a esta tecnología. La cultura o, mejor, la tecnología de multimedia se ha convertido en el eje de las comunicaciones. El aula no es el único espacio de aprendizaje; nuestras clases ya no quedan eternizadas en la pizarra, con la odiosa mota que borraba los artificios, trazos o palabras escritas o mal escritas con una tiza de yeso que invadía con el polvo blanco el suelo y, lo más grave, los pulmones del profesor. El perfil del docente se modificó, el perfil del estudiante también. Todos los perfiles se cambiaron. Desde las autoridades que hacen gestión hasta el soporte administrativo, así como, el manejo diario de la información, el manejo del conocimiento, el aprendizaje y las competencias. Esto es lo novedoso.

En la Facultad de Psicología en los últimos quince años, a partir del gobierno transitorio del nuevo milenio, la gestión ha sido dinámica. Siempre se ha sentido crecimiento y desarrollo, en algunos periodos cierta quietud, que inmediatamente se impulsó. Los decanos que han gobernado este periodo han tenido esta característica. En otro momento y en otro espacio se realizará la evaluación crítica e integral, lo que se contribuyó y lo que se dejó de hacer, los que gobernaron con responsabilidad y decisión y el que gobernó con desidia y sacó ventaja sin contribuir al desarrollo institucional y académico. Porque como se tiene en el país una clase política bruta y ahorada, en la universidad también tiene su manifestación, en la teoría de la universidad como reflejo del país, además de convertirse en un marco de referencia en la vigilancia política. Con satisfacción tenemos que decir que lo que ha caracterizado la gestión de nuestra facultad ha sido la honestidad, la honradez, la lucha por la justicia social, la defensa de la educación pública y la práctica anticorrupción.

Al cerrar este editorial se anuncia la aprobación de una nueva ley universitaria. En el siguiente editorial trataremos dicho tema.

Lima, junio 2014.

Oswaldo Orellana Manrique
Editor